

## El Demonismo en el Mito Peruano.

Los habitantes del Perú antiguo, al igual que los demás pueblos primitivos, forjaron, en su evolución mítica, la concepción del demonio. Pero el demonio no fué un ángel rebelde como en las creencias hebraicas o en las tradiciones cristianas, ni tuvo el poder de los dioses. Tampoco dividieron nuestros aborígenes, como lo hicieron los persas, las divinidades en buenas y malas. La mitología peruana desconoció la implacable lucha entre el bien y el mal, Ormuz y Arimán, en la religión de Zoroastro. No hay dioses malos en el Perú antiguo. El demonio no fué un dios perverso, personificación de la maldad, promotor de las tragedias telúricas, de los cataclismos de la naturaleza, de los terremotos, erupciones volcánicas y tempestades.

El mito demoniaco, terreno arqueano de la religión, trata de explicar lo inexplicable para la mentalidad ruda de los aborígenes, siguiendo un proceso que se cumple también en otros pueblos. Se multiplican entonces los demonios de la vegetación y los demonios de las enfermedades, fuerzas secretas y poderosas que presiden el desarrollo de la naturaleza o que provocan trastornos en los organismos animales o humanos.

La Conquista, por acción de los misioneros o evangelizadores, introducen el culto católico en el espíritu aborigen. Ante los ojos atónitos de los indios surge entonces, por el verbo de los predicadores, la terrible lucha entre el bien y el mal. No hay demonios buenos en el cristianismo porque todos ellos, ángeles rebeldes y vencidos, acarrearán innumerables desgracias sobre el mundo y procuran la condenación eterna de todos sus habitantes.

Los indios se deslumbraron por la pompa del rito católico, por la esplendidez de su liturgia, por la solemnidad de sus procesiones, por la riqueza de sus templos que evocaban la de los palacios del Incanato, pero no comprendieron los dogmas cristianos, ni la moral y trascendencia metafísica de la fé. Y por eso indigenizaron al cristianismo. El Creador fué para ellos Viracocha. La cruz se convirtió en una huaca más, a la que rindieron adoración como a un fetiche. En las "abras" de los cerros por donde se pierden los caminos en las cumbres altas que rodean los poblados, están las cruces al lado de las "apachetas", identificadas en su significado mítico para la mentalidad aborigen.

Los primeros cronistas españoles de la Conquista y del Coloniaje, últimos depositarios de las tradiciones habladas de los indios, se dejaron influenciar seguramente por sus creencias cristianas al interpretar el mito demoniaco del Perú antiguo. Estete, uno de los compañeros de Hernando Pizarro, en la aventura de Pachacamac, en 1533, narra que encontraron allí un ídolo en el que "el demonio se metió por envidia del Dios puro para engañar a los indios". Los evangelizadores de Huarochirí y Cajamarca ordenaron quemar "diez mil momias tutelares de

ayllus” por considerarlas “ídolos habitados por el demonio” (1). Entre Lima y Callao encontraron los conquistadores el ídolo de Conquin donde, según la leyenda, “se presentó el demonio con grandes cuernos, ordenó a los indios que lo adoraran y ofrecieran sacrificios, que de lo contrario los cubriría de viruelas, sarna y lepra” (2). He ahí la inequívoca expresión del demonio de las enfermedades en la mitología indígena. Los sacerdotes del culto demoniaco son los hechiceros. Refiriéndose a ellos dice Huamán Poma: “Pontífizes hechiceros leycacomas, unvoconas, ulzacomas camascaconas que tenía el Inga y lo adoraban y respetaban a esos hechiceros dicen los caules tomaba una olla nueva que llamaban oximanca que lo cuecen sin cosa ninguna y tomaban cebo de persona y maíz y plumas y coca y plata y oro y todas las comidas dicen que los echan dentro de la olla y los queman muy mucho y con ello habla el hechicero que de dentro de la olla hablan los demonios y preguntan los pontificios para auyentar los hombres con las mujeres para matalle a cual persona para dalle bocado ponsona—y saben lo que han de pasar y suceder que ellos lo saben y hablan con los demonios del infierno para saber lo que hay y pasa en el mundo” (3).

Es evidente, en esta cita, la influencia de las ideas cristianas en la interpretación de la mitología aborigen, ya que los indios no tuvieron el más remoto concepto de la existencia del infierno, morada de los demonios, lugar de eterna expiación.)

---

(1) Cristóbal de Molina, “Relación de las Fábulas y Ritos de los Incas”.

(2) Polo de Ondegardo, “Informaciones acerca de la Religión y Gobierno de los Incas”.—Tomo III.

(3) Felipe Guamán Poma de Ayala, “La Nueva Corónica y Buen Gobierno”.

Existieron también falsos hechiceros que explotaban la credulidad de las gentes. A ellos también se refiere Huamán Poma cuando dice: “estos otros son falsos hechiceros engaña a los indios y al demonio solo a fin de engañarle su hacienda y enseñalle a los indios—estos dicen que hay enfermedades de taquiungoy—chirapa, uncuy-puquio, uncay-pacha mama-cápac, uncuy acamasca... de todo son hechecerías ydultras del Inga...”.

Mezcla de los mitos indios y de las ideas cristianas los aborígenes forman el concepto del Zupay o Supaya, genio maléfico y perverso, engendro híbrido entre el demonio del cristianismo y la mitología pagana. Etimológicamente Zupay es una voz quechua, correspondiente a los collas de épocas posteriores a la fundación del Cuzco. En los proto-collaguas, fundadores del Tiahuanaco, no existía el Supay. Esta palabra no figura en su léxico. Posteriormente se establece, a orillas del mar, Supe que significa “pueblo del diablo”.

Durante el Coloniaje se aterroriza la ingenua imaginación popular con la leyenda de los demonios y de los aparecidos. Pródigos en estos casos son los Anales de la Inquisición y no son tampoco escasas las sentencias condenatorias contra quienes confesaban que se les había aparecido el diablo, que podía tomar formas humanas o animales. “Una mulata—consigna Medina, por no citar sino un caso—confesó que se le había aparecido el diablo en forma de hombre, con bestido pardo; y otro en forma de borrico; otra que dijo que se le aparecieron los demonios en forma de mastines y monos con unas colas muy largas y ramos de molle en las manos” (4).

---

(4) T. Medina, “Anales de la Inquisición”.

En cada departamento del Perú existió la más completa multiplicidad de concepciones demoniacas, muchas de las cuales superviven hasta hoy en ciertas costumbres locales.

Los aymaras tiemblan ante el Zupay cuando se aproximan las lluvias porque entonces ese demonio se entrega a todos los excesos: mata a los hombres, destruye los ganados, incendia con el rayo, tala con las sequías y las heladas, arrolla con las inundaciones. También viola a las mujeres y las fecunda. Los hijos así procreados son seres malditos. Se les llama “Zupaypa-guagua” o sea “hijos del diablo”. Tal denominación es la más grave ofensa que puede inferirse en todos los lugares de la sierra. Enemigo de Pachacamac, la tierra madre, solo esta divinidad ha podido contrarrestar su poder.

Los demonios constituyen la explicación mítica de las enfermedades. Tayta Cápac es la viruela personificada en un anciano. Cuando llega a un poblado o a una casa sus habitantes deben agruparse porque él solo se ahuyenta cuando hay una víctima. Camakari es en el norte el demonio del delirio: se le desaloja con el humo de “ihunqui”. “Chuccho” es, en algunos departamentos como Ica, Ancash, etc. el demonio del paludismo. Wani es la mujer que personifica la muerte. Conopa o Juñuypak es el demonio protector del hogar. En las punas o en las cordilleras mora Chacho, el demonio del resfrío. Lari-lari es un demonio malo en algunas comunidades aymaraes: a veces encarna en los animales o en los seres humanos, particularmente entre los extranjeros para actuar con mayor impunidad. De ahí el recelo que en esas colectividades se tiene hacia el forastero. Huamañi es el demonio protector del ganado en la provincia de Fajardo. En Puno, los achachillas son los de-

monios protectores de la comunidad. Amaro es en Ayacucho el demonio de las avenidas fluviales destructoras y en Apurímac el demonio de las tempestades horribles. En el departamento de San Martín el “chulla-chaqui” (pié desigual) es el demonio que por las noches se presenta a las personas de mal vivir. Se manifiesta por quejidos. Temerosas con él, las gentes no transitan en las altas horas de la noche por las calles de la capital sanmartiniana (5). El demonio, en las creencias de ese lugar, tiene su guarida en el “renaco”, árbol corpulento y frondoso. Los duendes forman una categoría de demonios, rica en atributos y cualidades, existente en todos los departamentos del Perú.

Ancash es también un venero inagotable para las investigaciones folklóricas. La Provincia de Huailas multiplica sus mitos demoniacos. Uno de los principales es el del “Turmanyé”. Así se llama el arco-iris en el dialecto quechua de la región. Es un demonio que nace en los estanques, puquiales o colinas de “gentiles”. A su nacimiento prende una inquietud de hervor en la fuente y luego se abre en el espacio una curva brillante coloreada o blanquecina, tangibilizando así el espíritu demoniaco que le da vida. Tiene el “Turmanyé”, como las divinidades griegas e indias, como los animales y el género humano, su propio sexo. El Iris macho es el de intensísimas tonalidades; la hembra, en cambio, tiene apagados colores. El primero es demonio malo y libidinoso: acecha, persigue y viola a las doncellas serranas que pasan, por descuido u osadía, por el sitio maléfico en el momento en que el iris emerge. Ese sitio es un tabú que no puede quebrantarse impunemente. Y

---

(5) Los datos sobre el “chulla-chaqui” me los proporcionó Dn. Eduardo Reátegui W., quien vivió durante dos lustros en el departamento de San Martín.

algunas veces, so pretexto de ese tabú, quedan sin castigo algunos estupro y violaciones que los indios cometen en agravio de las muchachas. Además, en Huaylas, el “turmanyé” ataca también a los hombres, produciéndoles males misteriosos y muchas veces mortales. Sólo en casos extraordinarios pueden sobrevivir las mujeres agraviadas por este demonio. Mueren frecuentemente y se extraen de sus entrañas—a manera de esperma diabólico—líquidos irisados. Existen ritos especiales, mezcla de magia y brujería, para propiciar su voluntad o aplacar sus iras. Es preciso evitar los atavíos de colores intensos porque ellos irritan al arco iris. Es necesario también arrojar a las fuentes de tradición maléfica, granos de maíz y hojas de coca. Es propicio el humo del “karqui” o boñiga. Cuando las víctimas del “turmanyé” enferman y empalidecen el curandero les aplica mezclas y cataplasmas, sustancias excrementicias, cenizas e hilos de colores. El turmanyé teme, sin embargo, las miradas demasiado vivas de los hombres y no puede resistir a la acción de la brujería y de la magia. Para sanar a los enfermos de “turmanyé” se les hace desovillar una lana de siete colores (6).

Otros demonios que enriquecen el folklore ancashino son Ichi e Illa. Ichi es un enanito que brotó del interior de la tierra cuando esta se abrió en Ccellje Huanca. Es un demonio inofensivo. Un duendecillo que se complace en asustar a los campesinos cuando los sorprende recogiendo leña. Tiene la cabellera roja de fuego, salta entre riscos y peñas y acostumbra a la media noche tocar un temblor diminuto cuyos ecos rebotan de cerro en cerro.

---

(6) Interesantes captaciones folklóricas sobre el “turmaryé” han realizado el Dr. Soriano Infante y Dn. Tomás Acosta M., dos estudiosos de la mitología de Huaylas.



Illa apareció una noche llorando en Manga-Puquincho, un lugar de Quillampa. Su llanto parecía el de un ternerito recién nacido, a tal punto que hacía mugir de pena a las vacas mientras que los pastores lo buscaban inútilmente. Nadie ha podido ver a Illa porque en presencia de alguien—rezago de los cuentos míticos—se convierte en piedra o desaparece. Estas piedras sirven de amuletos. Los pastores las recogen para preservarse de algún mal, las lamen las vacas para tener buenas crías y se amansan junto a ellas los toros bravos. Por eso desde tiempos lejanos las encierran en los potreros para que sepan que no deben escaparse a otros sitios, las conservan con cuidado y las engrían con bizcochos, con miel y con chancaca.

En las comunidades indígenas de Arequipa se teme al “supay” y se procura preservar de ellas a las criaturas desde que nacen. Por eso cuando el padrino “yacuchi” (7) al recién nacido, junto con las palabras rituales a la usanza católica, pronuncia otras hirientes contra el “supay” para espantarlo. Cuando el demonio logra apoderarse de la criatura en la vida intra-uterina, entonces nace muerta. Esto es signo de mala ventura. Para evitarla los padrinos la llevan lejos, la incineran y arrojan sus cenizas al río o al abismo.

Esas comunidades arequipeñas celebran también fiestas especiales al demonio bueno de los puquios, después de las cosechas cuando limpian las acequias que parten desde aquellos. La fiesta se llama “yarcca-asppiy” (escarbamiento de las acequias). Para “pagar” al puquio se le ofrenda flores y chicha que permanecen colocados en un

---

(7) “Yacuchi” significa verter gotas de agua y granos de sal en la boca del párvulo.



“altar” con prohibición de tocarlos durante todo el año. Número sugestivo de esta fiesta es la danza y el canto de dos “villanos”, acompañados de un arpista y un violinista, buscados siempre entre los que gocen de más fama. Hacen derroche de estoicismo y agilidad, atravesándose, por ejemplo, los labios con una aguja gruesa de la que cuelgan un instrumento musical y llevando el compás con una especie de tijeras grandes. Sus vestidos son lujosos y estrafalarios, inclusive llevan colas hechas con pieles de animales salvajes. Y se jactan de hablar con el “supay” y de conocer sus secretos.

El “illán”—emparentado seguramente con el de Ancash—es un demonio protector que goza de extraordinaria popularidad entre los indígenas del departamento de Ayacucho. Las regiones donde el “illán” exista son respetadas por los ladrones, las pestes, las epidemias y las demás desgracias. La mayor parte de los mamíferos tiene su “illán”: si es del ganado vacuno, las vacas parirán cada nueve meses; si es del ganado lanar, las ovejas tendrán cría dos veces al año; si es de los auquénidos, estos se multiplicarán con asombrosa rapidez.

Los indios ocultan el “illán” para que no lo vean ojos extraños a su raza. Yo logré, después de no pocos trabajos, que me enseñaran uno de ellos. Era una piedra granítica de un decímetro de longitud aproximadamente, sobre la cual estaba esculpido un buey que dormía echado, con la cola enroscada sobre la pierna. Se le había embadurnado con una porción de grasa y se le atribuía un origen fantástico. El “illán” pasa por herencia, de generación en generación, como el más preciado de los tesoros familiares. Recibe un culto especial, en ofrendas de comestibles, coca y otros objetos. El día de San Juan se preparan diversos



festejos en su honor, en recompensa de lo cual el “illán” les tiende su protección que muchas veces se hace extensiva no solo a la familia sino a toda la comunidad. Cuando no recibe culto el “illán” tampoco hace beneficio alguno. El “illán” es un fetiche, es decir un objeto individual animado de fuerza demoniaca.

El indio que sale a altas horas de la noche de su casa o tiene que realizar grandes jornadas a pié por caminos poco recorridos, sugestionado y dominado posiblemente por el miedo cree, cree, encontrarse con el “engaño”, espíritu maligno que se presenta en la forma de un animal pequeño, generalmente un gallo. El “engaño” provoca al viajero con el objeto de que se acerque y lo coja, pero cuando este está ya para hacerlo, el animal se retira, a una pequeña distancia, dejando siempre la impresión al engañado que avanzando unos pasos le será fácil apoderarse del animalito. Y en este juego lo extravía, alejándolo a grandes distancias, haciéndole caer luego en un precipicio o llevándolo a regiones donde el espíritu maligno domina. Citan los indios el caso de un Juan García, desaparecido hace muchos años de su casa, región de Parihuanca, a lo cual no ha regresado más por haberse dejado seducir por el “engaño” y que este lo llevó a regiones apartadísimas de la montaña, donde se ha convertido en un chivo.

Los huanuqueños creen, que los huaycos eran impulsados por un ser mitológico destructor llamado “huaracoy” que avasalla a su paso todo.

Aseguran en Huánuco que los duendes y los muertos sin bautizo y confirmados en el limbo son seres dotados de gran erotismo, especies de “íncubos” o súcubos”, a los que las indias atribuyen sus deslices. En todo momento manifiesta su presencia ya no dejando dormir, ni tomar

los alimentos, llamando quédamente por el nombre y arrojando pedrezuelas. Para librarse de ellas hay que acudir a la oración o a la música, especialmente la guitarra.]

[En Huancavelica los indios tienen temor y veneración por los “auquilos”, espíritus tutelares, convertidos en cerros. Al bordear las cumbres no dejan de ofrendarle hojas de coca, claveles, etc.—En algunas comunidades indígenas el temor se acentúa, porque creen que esos huesos pueden introducirse en el organismo de uno, como por arte de encantamiento, y producir una enfermedad característica que los indios atribuyen a esto, y se manifiesta por heridas cancerosas de donde extraen frecuentemente especie de huesecillos amarillos. Es tan temida esta enfermedad, causada por el “gentil-ustu”, cuya traducción literal sería “penetro de gentil”, por ser casi incurable, y creen se manifiesta por haber pernoctado el indio viajero en algún lugar donde se encuentran estos restos. Muy posible que estas llagas sean de origen sifilítico, dada la poca higiene que norma la vida de los indígenas, aunque algunos atribuyen a la carne de llama y paco que consumen en abundancia, teniendo estos animales posiblemente esta enfermedad ya que continuas son las “sarnas” que se les presenta, causando su aniquilamiento y muerte.]

El “auquilo” es en Huánuco el espíritu tutelar que reclama cierto incesante, so pena de acarrear graves enfermedades. Se le ofrece, por eso, lo mejor de las cosechas. En Auquimarca, a pocas leguas del pueblo de Tamayquichua, el auquilo, dueño remoto de todas las tierras que después ocupó el hombre, envía para vengarse de este despojo, terribles enfermedades a los huesos, llamados “ojay-ojay”. [En las quebradas de Churín (cercañas de Lima) es el demonio de las enfermedades malignas. Para arrojarlo

se enojó, vino a la Tierra y lo arrojó al Gamaironi, región infernal subterránea. El Bien triunfará algún día sobre el mal, como en la religión cristiana, como en la religión persa de la antigüedad, como todas las religiones éticas.

Tasurinchi y Kientikábori expresan la naturaleza misma. Frutos de la proyección de la mentalidad primitiva sobre el mundo circundante, reflejan la ideogenética machigüenga, para la que aparece primero el principio rector de lo malo. Lo bueno surge después. Lo malo concita primero su atención porque es lo que lo acecha constantemente, en la tempestad, en la epidemia total, en el vegetal tóxico, en la víbora. De allí el temor que se tiene a los demonios y la devoción hacia las divinidades protectoras que Tasurinchi personifica en su más alto grado (10).

Hay diablos semibuenos en la mitología machigüenga. Emigraron del "gamaironi", se establecieron en la Tierra, viven en tribus y cada uno tiene su nominativo que lo distingue de los demás. Los "kasongatinis" o silbadores, de rostro repulsivo y piés que parecen hoces, andan desnudos y a veces sacan de sus casas, a la fuerza, a los machigüengas y los obligan, en plena noche, a trabajar sus chacras. Los "kasibarénniris" son de pequeño tamaño y viven en el bosque. Los "acháporos" habitan debajo de los troncos caídos y, por lo general, son invisibles.

Existen también los diablos malos y antropófagos, que vagan buscando víctimas. Entre ellos están los "mámaros" que toman la forma de grandes palomas cuyo canto atrae a los machigüengas, quienes son muertos si se ponen a su alcance; los "kieri", atropomorfos y dueños de en-

---

(10) Antenor del Pozo, "Algo sobre nuestros salvajes" (los machigüengas).

fermedades mortales como el paludismo y la “serimainga”, esta última de índole intestinal, posiblemente la disentería amebiana; y los “ymposhitoni”, habitantes de las rocas enhiestas en medio de los ríos, autores de los remolinos que atacan a las balsas o canoas y ahogan a sus tripulantes.

La selva—en la que habitan los machigüengas—tiene un constante ritmo de vida. Desconoce el estatismo de lo inerte o el silencio de lo inanimado. Un aliento vital es el alma del bosque, ya sea en la exuberancia de la naturaleza, en el trinar de los pájaros, en el graznido de las aves de mal agüero, en el murmullo del viento, en la sinfonía cristalina de los arroyos, en el rugido de las fieras o en la ira de las tempestades. Explícate de esta suerte el juego de la imaginación machigüenga que, en su profundidad panteísta, pobló la fronda de espíritus y les otorgó un poder sobrenatural.

ROBERTO MAC-LEAN Y ESTENÓS.

**Biblioteca de Letras**  
«Jorge Puccinelli Converso»